biéndola puesto en disposicion de cuantiosos bienes la muerte de su padre, los hizo distribuir entre los pobres y no se reservó nada por su monasterio; rica en sentimientos de fe y de caridad, creia que el hombre debia desprenderse de todo para seguir á Jesucristo, é hizo un pacto tan íntimo con la pobreza y le juró tal amor, que no queria poseer mas que á Jesucristo ni dejar otra cosa á sus hijas. Parecíale peligroso y terrible poner el deseo del cielo en competencia con el cuidado de las cosas temporales y perecederas; tenia costumbre de decir que de ningun modo estaria mejor defendido el monasterio contra la invasion de todos los vicios que con la muralla de la pobreza, y estaba tan íntimamente convencida de que la riqueza de una órden religiosa es la pobreza y su abundancia la miseria, que suplicó al papa Inocencio IV que le concediera para ella y sus religiosas el privilegio de la pobreza evangélica, es decir, de no poder poseer nada absolutamente. El ilustre pontífice Gregorio IX trató de suavizar el artículo de la regla cuyo objeto era la pobreza, y asegurar una dotacion al monasterio de San Damian; pero Clara se resistió del modo mas impetuoso y firme, y consiguió que no se modificara nada de lo que se habia hecho hasta entonces. « Os dispensaremos de vuestro voto, si es necesario, le dijo el pontífice.

— Santo padre, respondió Clara, deseo que no se me dispense nunca de seguir á Jesucristo. »

El gobierno de su monasterio, en el que desplegaba una solicitud sin tregua, y las privaciones y los sufrimientos en que mostraba tanta energía, no impedian á santa Clara que exhalara su alma en continuas oraciones, sino que por el contrario, vencidos los sentidos dejaban al espíritu mayor libertad y un asombroso imperio. Las miradas de su alma permanecian incesantemente fijas en los horizontes de la patria celestial, y vuelto al cielo su corazon, recibia los raudales de la gracia como un continuo y poderoso centelleo. Hallábase entonces tan penetrada de sentimientos dulcísimos, que vertia copiosas lágrimas; se recreaba prolongando y saboreando el encanto de tan maravillosos instantes, y cuando todas sus hermanas rendidas de cansancio tomaban, con el rostro en tierra, un poco de descanso, Clara seguia orando prosternada, bañada en lágrimas y los labios unidos al crucifijo. Esta íntima correspondencia con Dios le inspiraba palabras tan inflamadas, que no se podian oir sin emo-

cion; habia en su acento una dulzura mágica y en su rostro un no sé qué deslumbrador que embargaba al alma; su conversacion era como un eco de los himnos del paraiso, y al oir sus breves discursos se sentia pasar un soplo de la eternidad.

Dios demostró mas de una vez cuán agradable le era la oracion de un alma tan piadosa. El violento Federico II no respetaba las posesiones de la Santa Sede en sus luchas con el pontificado; hizo víctima de sus furores todo el valle de Spoleto, dejando al partir un ejército de veinte mil hombres, compuesto de sarracenos y otros infieles que solo respiraban el afan del saqueo, y que llegaron un dia devastando hasta los muros de Asís. Atacaron el monasterio de San Damian y pronto escalaron las tapias que lo rodeaban; aunque Clara estaba enferma entonces, se hizo conducir hasta el umbral de la puerta donde se esperaba al enemigo, llevando en las manos un copon de marfil y plata donde estaba la hostia sagrada, y orando y vertiendo lágrimas, decia: « ¿Quereis, pues, oh mi Dios, abandonar sin defensa en poder de los infieles á vuestras servidoras alimentadas con vuestro amor? Señor: custodiadlas vos mismo; yo no puedo hacer nada con ellas en tan grande peligro.

— Yo os custodiaré siempre, respondió una voz que se parecia á la de un niño.

— Señor, continuó Clara, si es vuestra voluntad, salvad tambien la ciudad de Asís que nos alimenta para vuestro amor.

— Padecerá mucho, dijo la voz misteriosa, pero yo estenderé mi brazo sobre ella á causa de tu intercesion.

Clara volvió á alzar la cabeza, dejó ver un rostro bañado en lágrimas, y dijj á sus compañeras pavoridas: « Hijas mias, tengo la mas completa seguridad de que no os harán daño alguno: confiad en Jesucristo. » Y efectivamente, llenos de súbito terror los sarracenos, huyeron con precipitacion.

Otra vez Vitalís de Aversa, uno de los capitanes de Federico, hombre ávido de triunfos militares y temido en las batallas, condujo cerca de Asís las tropas imperiales; despues de haber cortado los árboles y de haberlo todo devastado, puso cerco á la ciudad y juró que no se retiraria hasta rendirla. El riesgo era inminente, y se desesperaba de salvarse del furor

de Vitalís; Clara reunió entonces á sus hermanas, y les dijo: « Hijas queridas: todos los dias recibimos de Asís cuanto necesitamos, y seria una impiedad no socorrer á la ciudad segun nuestro poder, viéndola en tal estremo. »

Todas se pusieron en oracion pidiendo con lágrimas y afecto la salvacion de la ciudad; fueron oidas despues de un dia y una noche; los enemigos se dispersaron sin que Vitalís cumpliese su amenaza, y este mismo cayó mortalmente herido poco tiempo despues.

Clara veneraba con tierna devocion todos los misterios que el Salvador habia llevado á cabo siendo hombre; su pobre y oscuro nacimiento, su pasion y muerte llena de ignominia y de dolor, y su vida oculta en el altar. Cuando la enfermedad le impedia levantarse, se hacia sentar sobre un mísero lecho y sostenerse por algun apoyo; estando de este modo, hilaba un lino de estremada finura, del cual, convertido en preciosa tela, hacia corporales para enviarlos en bolsas de seda y púrpura á las iglesias pobres del campo, y manifestar de este modo sus sentimientos hácia el sacramento augusto de la religion. No meditaba jamás sobre los padecimientos del Redentor sin bañarse en lágrimas y sentir la mas viva emocion de amor divino; y sucedia con frecuencia, porque buscaba siempre un refugio en las llagas de Jesucristo, en medio de largas y numerosas enfermedades que pusieron á prueba su valor.

Esta resignacion en los males de la vida, los maternales desvelos que prodigaba constantemente á sus religiosas, y el ejercicio sin interrupcion de la meditacion y del rezo, habian elevado á tanta altura ante los hombres á la humilde sierva de Dios, que las personas de mas nombradía y los mismos príncipes de la Iglesia iban á visitar esta mujer privilegiada, en quien Dios habia derramado tan copiosamente sus dones espirituales. Reginaldo, cardenal de Ostia, despues papa bajo el nombre de Alejandro IV, la escribió en términos llenos de respeto, y quiso verla y oirla: recibió tambien pocos dias antes de su muerte la visita de Inocencio IV, el cual le ofreció su mano á besar; pero la humilde hija de san Francisco quiso imprimir tambien sus labios en los piés del vicario de Jesucristo, y como sufria mucho y veia próxima su muerte, le pidió la absolucion de todos sus pecados. « ¡Pluguiera á Dios, respondió el papa, que no tuviera yo

mas necesidad de perdon! » y la bendijo y le dió la absolucion. Clara cruzó las manos, y levantando los ojos al cielo, dijo á sus hermanas: « Queridas hijas, alabad á Dios por el gran beneficio que acaba de concederme, y que el cielo y la tierra no sabrian apreciar bastante. He recibido hoy al Altísimo en la Eucaristía, y he merecido ver á su vicario. »

El mal hacia rápidos progresos y se preveia un fin próximo; pero Clara habia recorrido noblemente su carrera y podia alcanzar la recompensa. Habiéndose agotado sus fuerzas con el trabajo y las buenas obras, al mismo tiempo que sufria con admirable paciencia, sacaba de su debilidad y de su dolencia un manantial de virtudes; no salieron de sus labios quejas ni reproches, y sus palabras eran dulces y respiraban resignacion y piedad. Viéndose las hermanas tan próximas á ser huérfanas, se agrupaban con dolor en torno de su moribunda madre; ni el hambre ni el sueño podian arrancarlas al sentimiento de una pérdida tan próxima é inseparable, y especialmente Inés, que habia venido de Florencia para abrazar á su hermana por la postrera vez, le pidió en el devaneo de sus lágrimas, que no partiera sin ella. « Querida Inés, respondió Clara, Dios quiere que me vaya, pero no lloreis vosotras, pues pronto me seguireis. »

La enferma padeció mucho y largo tiempo, y tuvo una agonía de muchos dias; pero su alma sobrepujaba á su dolor y sabia consolar y edificar. Exhortándole el padre Rainaldo á la paciencia, respondió: « Desde que Jesucristo me ha comunicado su gracia por el ministerio de su siervo Francisco, ninguna pena me ofende, y no me ha parecido difícil ninguna penitencia ni penosa ninguna enfermedad. »

Clara pidió que le hablasen sobre la pasion de nuestro Señor y que le recitasen piadosas oraciones, y viendo despues al hermano Junípero, le dijo sonriendo: « ¿No teneis que decirme nada de nuevo sobre Dios? » Finalmente, hablando para sí, esclamó: « Vé, alma mia, con seguridad, porque tienes un buen guia para tu viaje. Tu Criador te ha santificado, y velando sin cesar sobre tí, te ha querido con todo el amor de una madre. ¡Bendito seais, Señor, que me habeis creado! »

Al dia siguiente, 11 de agosto de 1253, Clara pasó de la tierra al cielo á los setenta años de edad, y no la lloraron como una muerta, sino que la ensalzaron como una santa. La ciudad entera acudió al siguiente dia al

convento de San Damian á sus exequias que fueron magníficas, á las cuales asistió el papa rodeado de cardenales. El de Ostia hizo la oracion fúnebre, mostrando la vanidad de las cosas de la tierra con el desprecio que de ellas habia hecho santa Clara. Su cuerpo, acompañado por caballeros armados, fué sepultado en un principio en la misma iglesia que san Francisco, y trasladado algunos años despues á una iglesia construida en honor de la santa y consagrada en su santo nombre.

Dos años despues de la muerte de Clara, siendo papa el cardenal de Ostia, inscribió su nombre en el catálogo de los santos y la presentó solemnemente á la veneracion de los fieles. «Ha brillado, dice en la bula de canonizacion: ha brillado por sus virtudes y milagros..... Sus obras la circundaron en la tierra de un esplandor brillante, y su gloria se desplega ahora en los cielos bajo los reflejos de la luz divina..... Ha hecho florecer en el jardin de la Iglesia una rama del árbol de la Iglesia á donde se han refugiado en tropel los cristianos para encontrar suaves frutos, sombra y reposo para su alma; ha hecho brotar en el valle de Spoleto, para refrigerio y bien de muchos, un nuevo manantial de agua viva, que se ha repartido ya en numerosos arroyos sobre el suelo de la Iglesia para regar las plantas de la virtud.» Efectivamente, el órden de las Clarisas acababa de nacer y ya se estendia por toda Europa, dando Dios á la que habia renunciado por él á las alegrías fugitivas de la maternidad carnal, una numerosa é ilustre descendencia que la saludará con el nombre de madre, con la lengua y entre los goces de la eternidad.

San Buenaventura introdujo en la regla primitiva de santa Clara algunas modificaciones que fueron aprobadas en 1258 por el papa Alejandro IV, y en 1263 Urbano IV añadió algunas constituciones á peticion de Isabel, hermana de san Luís, llamándose Urbanistas las religiosas que adoptaron esta reforma y conservando las otras el nombre y la regla de su fundadora.

Habiendo flaqueado el vigor del instituto en los primeros años del siglo decimoquinto, una jóven francesa llamada santa Coleta tuvo honor insigne de dar nuevo realce á la obra de santa Clara y de desplegar suficientes fuerzas para sostener tan grandioso nombre.

Duval le Camus fils Pinx.t — Imp.r de Chardon aîné et fils r. Hautefeuille 30, Paris. — Darodes Sculp.

SANTA JUANA DE CHANTAL

VIUDA Y RELIGIOSA

[illegible] de 1572, [illegible] del parla- [illegible] antiguo y [illegible] por su incorruptible probidad y por sus luces. [illegible] diez y ocho meses cuando perdió á su madre Margarita de [illegible], mujer de elevada virtud y dedicada con una ternura piadosa é ilustrada á la educacion de sus hijos; porque Juana tuvo una hermana que se casó con el baron de Effran, y un hermano que [illegible] de Bourgis, despues de haber realzado [illegible] dignidad.

El [illegible] sible [illegible] con [illegible] á su madre [illegible] correspondió de un modo [illegible] éxito. Agitaban enton-